



Patricia Coto de Attilio

Prólogo para una experiencia de taller literario

Hacia la literatura, por otros caminos

Patricia **Coto de Attilio**

Profesora en Letras. Docente e Investigadora de la FPyCS, UNLP.

A la literatura se puede entrar por muchas puertas. Podemos leer, como quien mira un pueblo, desde una ruta vertiginosa. Podemos acercarnos y sentir sus lugares, escuchar el habla de su gente. Sin embargo, la puerta más enriquecedora es permanecer en el pueblo, ser uno dentro de sus caminos, tener en el corazón y en la cabeza, las ensoñaciones de quienes vivieron, de quienes viven y presentir su futuro.

Un taller literario nace como una experiencia de acercamiento a escritores, que leemos desde las entretelas del texto, y como una urgencia para escribir, para quedarnos frente a la página en blanco e iniciar la cacería de las palabras, que porten lo que ha que-

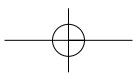
dado hirviendo, en el interior. En especial, en este Taller Literario de las cátedras Taller de Comprensión y Producción de Textos I y II de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, la experiencia fue escribir, poniéndonos en la piel de los autores.

De esta manera, un taller literario en un ámbito universitario implica esta doble dimensión: de acceso a los escritores, ubicándonos en su situación de escritura, y también, combatiendo con ellos, por el lugar que cada palabra adquiere. Como toda actividad grupal de creación, supone la unión de un conjunto de individualidades que, sin perder su originalidad, se comunican y ponen, sobre una me-

A
N
C
I
L
A
J
E
S

[43]

Tram[pl]as





Patricia Coto de Attilio

Prólogo para una experiencia de taller literario. Hacia la literatura, por otros caminos

sa, más de palabras que de materia, sus escritos, para que tengan su posibilidad de publicarse en el aire. Por lo tanto, hay varias etapas, que se suceden, se superponen, se enriquecen.

Seguramente, la primera etapa es la escritura del borrador, tarea difícil, tal vez la más solitaria, aunque quien escribe siente, junto a su mano, la mano de sus compañeros de voz. Cada palabra elegida lleva tras de sí las voces de otros.

La segunda debe ser el momento en que el tallerista -el escritor- lee sus hojas, disconforme siempre, asombrado con algunos logros, tembloroso de dudas. El texto empieza a tener forma, nebulosa, como un *big bang* personal.

La tercera etapa es el momento, pleno de ansiedad, de leerlo con otros. El escrito sobre un papel, el escrito en voz alta, llega a personas que estuvieron en las fronteras de la hoja, que no conocieron las vacilaciones, el temblor que no está en la piel, cuando se crea. Tras la lectura, el laberinto de comentarios que permite comprender las sensaciones que generó. La lectura en voz alta y el debate que provoca tornan objetivo lo que nació en la interioridad. Las discusiones, el vaivén de

ideas, ayudan a sentir dónde hay debilidades, dónde hay fortalezas. El siguiente paso es reescribir, sosteniendo los primeros impactos de la creación original, pero con la certeza de que se debe dar respuesta a las intrigas que las frases han provocado.

Como en un mito, las fases se suceden nuevamente: a cada momento, todos volvemos a enfrentarnos con hojas que parecen borradores, borradores que parecen textos definitivos, textos que se hunden en sus temores y flotan bajo una luz distinta.

Sin embargo, todas las etapas se unen en un eje que atraviesa todo y le da un sentido: todo taller literario debe ser un espacio, físico y mental, para la reflexión. Reflexiones que fluyen en distintas direcciones: sobre la palabra, sobre por qué escribir, para quién, qué deseamos dejar con cada cuento. Todo este proceso se relata en pocas líneas; sin embargo, es inmensurable. Cada uno de los miembros de esta experiencia podrá contarla de otro modo. Sin duda, hay una cantera de actividades, de caminos. Lo fundamental es que un taller literario es una comunidad de lectura y escritura de tal intensidad que no hay frontera entre una y otra.

En el caso particular de este ta-

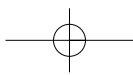
ller, en el ámbito de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, las etapas y tareas adquirieron una dimensión especial. Los participantes eligieron un autor (casi diría que la elección fue mutua) y escribieron un cuento sobre una etapa de la vida de ese escritor. Por momentos, cada uno fue Moreno, Sarmiento, Walsh, Quiroga. En cada encuentro, realizamos el proceso de presentación del borrador para que la crítica de todos permitiera darle al texto la fuerza expresiva que necesitaba. Posteriormente, cada cuento requirió el agregado de otro texto, la biografía del autor elegido. En ese punto, luego de la tormenta de la creación puramente literaria, sentíamos que no se podía realizar una lista de episodios y fechas relevantes de una vida. Debíamos buscar nuevos formatos. Y todo fue válido para recrear una existencia: un reportaje imaginario, una carta personal, una necrológica que ningún diario editó, un encuentro casual entre el escritor y el participante del taller. Escribo estas líneas y me doy cuenta de que debo realizar todas las tareas que describí en los párrafos iniciales y, sin embargo, estas páginas también parecen escribirse solas. Nada transmite lo que hemos vivido pero es una vivencia extraordinaria para continuar con este acercamiento a otros escritores, desde una puerta privilegiada y fuera de lo común: no sólo la lectura sino la escritura sobre su vida. Para nosotros, las palabras han pasado de la fijeza del papel a un río viviente de sensaciones.

Seguramente, la primera etapa es la escritura del borrador, tarea difícil, tal vez la más solitaria, aunque quien escribe siente, junto a su mano, la mano de sus compañeros de voz. Cada palabra elegida lleva tras de sí las voces de otros.

A
M
C
L
A
J
E
S

44

Tramplias



Seguramente alguien realizará la consabida pregunta: ¿Se puede enseñar a escribir? Tal vez, no. Todas las teorías sobre procesos de composición, estructuras, técnicas narrativas, estrategias estilísticas serían letra muerta si no hubiera un aprender a escuchar, a escucharnos, a desmalezar el discurso que está bullendo, y a descubrir el ver-

dadero discurso que se perfila en el interior del otro. Aprendemos a comprender críticamente nuestro modo particular de empuñar el lenguaje. Aprendemos a escuchar las palabras de nuestros compañeros de taller, los ecos de sus palabras, en nosotros. Tal vez el logro más grande de un taller sea que, al terminar las etapas, las tareas, se sienta

que la hoja vuelve a quedar en blanco y debemos seguir escribiendo, que el mundo puede ser una inmensa hoja en blanco, si no tomamos en nuestras manos, las palabras y las liberamos de su quietud, de su anonimato y seguimos en una escritura infinita, en una lectura infinita, en un libro-rompecabezas, pura forja de compromiso.

Empresas
¿cómo son
entonces
el lenguaje
a través de
en la práctica